

Carta de Brasil

Viento amarillo

Horacio Costa

Prácticamente todos los brasileños, y en especial los paulistas, saben que el puerto de Santos es fundamentalmente para el funcionamiento de la producción nacional: por las varias docenas de kilómetros de sus diques, hace más de cien años, son exportados e importados la mayor parte de los bienes que hacen girar nuestra economía. De hecho, el puerto de Santos es la otra cabeza del sistema económico de São Paulo: sin él, esta enorme ciudad, construida en una meseta a ochocientos metros de altura y a sesenta kilómetros del mar, se habría aislado del mundo, en la inmensidad territorial brasileña. Desde los tiempos de la colonia, más particularmente desde el *boom* cafetero de finales del siglo pasado, el papel de Santos, de complementación de la pujanza que se se iba afirmando en la meseta paulista, fue decisivo.

Entre tanto, su papel no fue sólo económico: hay otro, tal vez tan importante como éste, de orden más sutil, que llamaremos simbólico, que viene del hecho de que por el puerto de Santos pasaron casi todos los inmigrantes que construían el Brasil moderno. São Paulo fue –y en menor medida, aún lo es– uno de los reclamos más importantes de las corrientes migratorias internacionales y supo atraer comunidades de origen étnico y cultural tan diferentes, todas ellas tienen en común el hecho de haber llegado aquí no directamente sino ingresando en el país a través de Santos. Este segundo papel, evidentemente, debido a su característica inmaterial, corre el riesgo de ser olvidado. Entre otras razones, considérese que, a lo largo de las últimas décadas, el Brasil dejó de ser un destino internacional de inmigración; las políticas migratorias del país se endurecieron e, incluso, debido a las continuas crisis que se multiplicaron desde los años 80, esta tierra pasó a contar –hecho hasta hace poco inédito– con un considerable contingente de emigrados, como prueban las comunidades brasileñas de Nueva York, Lisboa o Sydney. En la estela de todo esto, la simbología misma de la emigración se desvanece, y aquel que fue, históricamente, tal vez el más importante movimiento colectivo del Brasil del siglo XX, pierde los referentes en el contexto de un país cada vez más consolidado en su problemático presente.

Por lo tanto, volvamos a Santos. En la primera mitad del siglo no había sido aún implantada la cultura de la aviación y todos los que viajaban tenían que pasar por el puerto. Esa fue la época áurea de la relación simbiótica entre la meseta y la costa. Nos desplazamos hacia la altura, la de Lévi-Strauss. En un libro de memorias, además, de maravillosas, nostálgicas fotos de la época, hechas por el propio autor publicado aquí el año pasado, *Saudades de São Paulo* (São Paulo, Companhia das Letras, 1988), el antropólogo francés, que vivió varios años aquí y fue uno de los fundadores de la Facultad de Ciencias Sociales de la USP, la universidad estatal, en los años treinta, define en los siguientes términos esta relación:

«Para los extranjeros que residían en São Paulo, la carretera de Santos era entonces un recorrido familiar. En el tiempo en que los aviones corrientes para pasajeros no existían (una pequeña línea aérea apenas comenzaba a funcionar entre São Paulo y Río a la que debo mi bautismo en el aire), y en que todos los viajes transatlánticos se hacían por vía marítima, se iba de buen grado a Santos para esperar la llegada o acompañar la partida de los colegas, parientes, amigos o visitantes importantes».

Suspendida en el flanco de la Sierra del Mar, la carretera vertiginosa que se elevaba de la costa hasta la meseta, ofrecía al viajante venido de Europa, sus primeras imágenes de la floresta tropical. Llegando al tope, podía avistar del lado del mar un prodigioso espectáculo: tierra y agua mezcladas como en la creación del mundo, inmersas en la bruma nacarada que apenas cubría el verde vivo de los bananos» (p. 85).

Esta relación estrecha y preñada de simbología, se adelgazó con la afirmación de la cultura utilitaria de las últimas décadas. Al tiempo que São Paulo se expandía como una metrópolis económicamente concentracionaria y étnicamente plural, Santos evolucionó como una ciudad pacata, provinciana, y su imagen se confunde hoy más con su aspecto de balneario y de destino por excelencia de trabajadores aposentados de clase media—como una especie de Niza tropical, guardadas las debidas diferencias—, que como el puerto cargado de simbología que asistió la llegada de millones de inmigrantes.

Justamente, esta saga acaba de ser puerta al día por la intervención de un famoso pintor brasileño, ya fallecido, Manabu Mabe (Kumamoto, Japón, 1924 - São Paulo, 1997). Mabe, uno de los nombres centrales de la pintura brasileña del siglo XX, llegó al Brasil con diez años y, como muchos otros miembros de la colonia japonesa, trabajó primero en las tareas del café, en el interior del Estado de São Paulo. Autodidacta, a los veinte y pocos años pasó a ser celebrado, primero aquí, en función del premio que ganó en la Bienal de 1959, y después internacionalmente. Sus telas color-

das, que la crítica de los años cincuenta clasificó como abstracto-líricas, unían al cromatismo violento propio de la cultura que él habría adoptado como suya, el cuidado gestual de Oriente.

Poco antes de morir, arquitectos de IPHAN (Instituto del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional), preocupados con el destino que se le podría dar a Fortaleza da Barra, que desde la isla de Santo Amaro guarda la entrada del puerto de Santos, invitaron al pintor para realizar una obra en la sencilla capilla setecentista adjunta al conjunto monumental de la fortaleza. Feliz idea; Mabe tal vez esperase esta oportunidad e hizo del mural –mejor dicho: del mosaico– su testamento plástico. Al hacerlo, concomitantemente realizó también un elogio de la emigración. Contiguo a aquellas murallas, edificadas en la época de la Unión Ibérica por militares españoles, desfilaron todos aquellos que llegaron aquí, de todas partes del mundo, en las cavidades de los navíos que se dirigían al puerto. La vista de la bahía de Santos, hoy completamente edificada, de frente, con la línea de las Sierra del Mar en el horizonte, marcando la dirección de São Paulo, y del interior, era la primera imagen que los inmigrantes tenía de la nueva tierra; la segunda, justamente, era la de la fortaleza, pequeña hoy frente a la magnitud del panorama que de ella se divisa, que les recordaba, encaladas de blanco y de trazo tan ibérico, que aquella tierra tenía un pasado, y poderes instituidos que respondían por él.

El mosaico proyectado por Mabe ocupa el fondo de la capilla, donde antes tuvo un altar, desaparecido hace mucho. Está formado por millares de pedazos de vidrio y se llaman *Viento amarillo* debido al color en él dominante. No hay ninguna alusión política aquí: no olvidemos que en Oriente es el color de la paz, al tiempo que el blanco es el de la turbulencia. Este mosaico fue realizado por artesanos de una familia –presumo– de origen catalán, los Sarasà, que viven en São Paulo. Hace unas semanas, el día de su inauguración, estaban allí, junto con los descendientes de Mabe y de los demás inmigrantes japoneses que llegaron en el navío que los trajo a Brasil en 1934. Sorprendentes mezclas, todas tan brasileñas.

Una nota final. Como de costumbre, en la ocasión intervinieron algunos políticos e intelectuales, variados en su proveniencia étnica y sociocultural, por lo demás unidos por una notable falta de adecuación retórica a las circunstancias. No era necesario tener mucha sensibilidad, una sensibilidad de artista, cara al sol que se ponía en aquel escenario, incidiendo directamente sobre la fachada blanca de la fortaleza y, por la puerta de la capilla, sobre el amarillo del mosaico, para percibir que estábamos testimoniando algo trascendental: el desvelamiento de una obra de arte vuelta pública, en aquel lugar y por tales y tan nobles motivos. Aún así, no hubo ninguna *autoridad*

que diese cuenta del asunto, todos perdiéndose en un palabrerío repetitivo, pedestre y muchas veces irrespetuoso con las más elementales normas sintácticas de la lengua portuguesa.

En el Brasil de hoy se huye con una extraña determinación de todo lo que tenga que ver con lo solemne, o mejor dicho, con el estilo elevado. Todo funciona como si el lenguaje televisivo, informal y empobrecido, hubiese sustituido al discurso público para siempre. Por otro lado, y si tal aseveración no bastase, la lengua oficial parece haberse reducido al manejo de formas y enunciados llamados *técnicos*, en la mayoría de las veces tomados de la terminología económica. Nuestros políticos y también nuestros intelectuales abdicaron de la palabra pública, en el sentido más amplio del término: ni en circunstancias excepcionales, como la de ese día, consiguen articular su palabra. Lo que es terrible es que tal pobreza discursiva se dé en un momento en que se evidencia que la riqueza material, por cierto que mal distribuida en esta sociedad, y aunque de forma insuficiente, es capaz de llevar al poder público a la restauración de monumentos y a la consecución de obras de arte mayúsculas. ¿Fin del milenio o fin de lengua? ¿Definitiva supresión del verbo? ¿Serán estos unos meros tópicos de reflexión cansados, por consabidos, o se refieren a una situación de crisis mayor, mayor incluso que la extensión de la problemática brasileña actual?

Más arriba apunté que ninguna de las autoridades públicas que intervinieron en Fortaleza da Barra Grande estuvo a la altura de las circunstancias. Cometí una falsedad: el último en hablar, Su Excelencia Reverendísima el Obispo Auxiliar de la Diócesis de Santos, por fin tomó la palabra. Realmente, yo no compartí mucho de su discurso, en el cual confundió la experiencia individual del artista Manabu Mabe con el esqueleto teológico propio de su profesión. Incluso así, él fue el único en exhortar a los presentes a la reflexión, y a traer al momento la memoria y la simbología que el acto y el lugar tan transparente excitaban. Qué pena que haya sido un religioso, pensé, y no un intelectual (¡o un político, aunque fuese un político!) quien haya dicho esto.

En este tiempo postmoderno crecen las preguntas, y Su Excelencia Reverendísima obviamente leyó a Quintiliano y al Padre Vieira. Si para aquéllas faltan respuestas, sin duda alguna, sin las voces de éstos y de sus semejantes, las mismas continuarán sin responderse.

Traducción: Juan Malpartida